peruano Eguren, a los uruguayos Carlos Sabat Ercasty, Emilio Oribe y Fernán Silva Valdés —sólo las uruguayas, y de ellos Herrera y Reissig encuentran muy justo acomodo—; pero con los nombrados, entre otros muchos, bien merecen mención, igualmente, los argentinos Fernández Moreno, Rafael Alberto Arrieta, Arturo Capdevila, y el mexicano Carlos Pellicer ya que no el más joven Octavio Paz. Y ¿qué pensar de la omisión en todo el libro de un nombre sobresaliente, de significación continental, de un Alfonso Reyes? Adviértase que no apuramos el consonante; sino que citamos de memoria, nombres que no desdican entre los que aparecen en el libro, y que fácilmente pudiera agrandarse la lista. Pero es cierto que la materia es tan abundante y tan grande el número de poetas, que al autor bien pudieron escapársele éstos y otros más. También se le escaparían a Lope en su nómina, y esto no es un *Laurel de Apolo*.

Más cuidadosamente tratado, sin duda por más reducido, es el acervo de la literatura gauchesca, bien destacada, entre el movimiento argentino, del rico conjunto general, porque en aquella república se le ha dado con sobrado motivo valor distinto al de los grupos de tono popular semejante, si los hay, en otros países de este continente. Y muy atentamente formado, sin duda, el que estudia la novela hispanoamericana, cuyo empuje actual es tan grande, en armonía con la abundancia de medios editoriales, y que está llamado a ser el más recio instrumento de comunicación y conocimiento mutuo entre todos estos países.

Con los lunares señalados y otros tal vez que podrían encontrarse, el libro de Torres-Rioseco, en el que se incluyen, principalmente en cuanto a los poetas, fragmentos traducidos al inglés con singular acierto, llena, como arriba se dijo, su misión vulgarizadora, es decir, la de extender a un público extenso no ideas vulgares sino conceptos atinados acerca de la literatura de estos países, hoy más que nunca abiertos al interés o la simple curiosidad del mundo entero.

ENRIQUE DÍEZ-CANEDO

DAVID VELA, *Literatura guatemalteca*.—Guatemala, Tomo I, febrero de 1943, xvii, 308 pp.; Tomo II, agosto de 1943, 448 pp.

A pesar de la prominencia que tuvo Guatemala como parte del imperio colonial de España en el Nuevo Mundo, no se ha dado la debida atención a la contribución que ha hecho a su desenvolvimiento intelectual. Centro América fué gobernada por Guatemala en la antigua capitania general, desde 1544 hasta el período de la independencia. Durante este tiempo muchos cronistas dejaron escritos los hechos de sus compatriotas. Guatemala puede gloriarse de haber albergado a uno de los primeros historiadores del Nuevo Mundo: Bernal Díaz del Castillo, el más grande de todos los cronistas, escribió su famosa *Historia* en Guatemala, donde todavía se conserva el manuscrito.

No se preocuparon los cronistas, ni más tarde los historiadores, de escribir una historia de la literatura de ese período; pero en el siglo XIX se mostró mucho interés en la literatura de las varias provincias. A Antonio Batres Jáuregui con su *Literatura americana*, 1879; al doctor Ramón A. Salazar con su *Historia del desenvolvimiento intelectual de Guatemala*, 1897, y a Agustín Mencos Franco, cuyas críticas literarias pergeñadas durante los años 1893-1894 y 1895-1897 fueron reunidas para formar un libro publicado por la Academia Guatemalteca en 1937, se debe el honor de haber escrito los primeros ensayos sistematizados para una verdadera historia literaria de Guatemala. En El Salvador, en 1929, Leonardo Montalbán publicó el primer tomo de la que había de ser una historia de la literatura de Centro América; el segundo tomo apareció en 1931 y abarca hasta la época de la Independencia. Por desgracia no se concluyó esta obra, que es la más completa hasta su fecha. En 1939 hicimos nosotros también un estudio de la literatura de Guatemala, abarcando la materia desde 1888 hasta el presente, pero este estudio no se ha publicado todavía. Le ha tocado, pues, a David Vela, autor de muchos trabajos literarios acerca de Guatemala, escribir una historia comprensiva de la literatura de su país. Su estudio comienza con los manuscritos precolombianos maya-quiché y terminará con los autores más recientes. Han aparecido dos tomos; un tercero probablemente completará la obra.

Se escribió la historia para servir de texto para el cuarto año de enseñanza secundaria. Su plan fué, pues, limitado y restringido, porque se pensó que un texto netamente documentado sería demasiado difícil y penoso para los estudiantes de tal año. Por consecuencia, se vió obligado el autor a omitir muchas citas de otros escritores o a citar sin dar las fuentes de procedencia. El lector podría desear que se mencionasen por completo las fuentes de las citas, pues muchas de las obras citadas son inaccesibles, así como desconocidas. César Brañas, en el prólogo al primer tomo, se opone al uso de las notas al pie empleadas por Vela, pero, desde el punto de vista de la investigación, las citas podrían haber sido muy útiles.

En el primer tomo el autor nos da un cuadro o sumario de la bibliografía guatemalteca hasta la fecha, así como las características de la literatura determinadas por la historia y la geografía. El capítulo sobre las escrituras maya-quichés, es el mejor del tomo. Hasta ahora no hay crítico que haya intentado escribir un juicio de estos antiguos documentos desde el punto de vista literario, aunque Arturo Capdevila, en el libro *El Popol Vuh para todos*, ha simplificado el contenido, en forma popular. Las fechas de los descubrimientos, los descubridores de los documentos y las fechas bibliográficas, los registra Vela en detalle. Se lamenta uno de que no reseñase el *Popol Buj*, ese gran libro de los maya-quichés; pero el tratamiento de los anales de Xahil o Memorial Tecpán-Atitlán, el Rabinal Achí y otras escrituras inéditas, es bueno. Este capítulo es uno de los mejores del primer tomo. Se estudia luego a los catequistas y lingüistas: el famoso Bartolomé de Las Casas; don Francisco Marroquín, primer arzobispo de Guatemala —una de las mentalidades más formidables entre los pri-

meros padres religiosos— y otros. Y luego a los historiadores como Bernal Díaz del Castillo, Antonio de Remesal, Fuentes de Guzmán y Domingo Juarros. Se encuentra uno aquí con las instituciones que influyeron en el desarrollo intelectual de Guatemala; después del capítulo dedicado a la literatura maya-quiché éste es el más interesante del tomo. Vela nos reseña en detalle la historia de la Universidad de San Carlos Borromeo, la introducción y el desarrollo de la imprenta, la historia del Santo Oficio, y los principios del periodismo. Esta sección del libro ofrece un cuadro completo del desenvolvimiento intelectual del período colonial. (Véase Virgilio Rodríguez Beteta, *Ideología del período colonial*, donde se trata detalladamente de los fondos de las ideologías del tiempo.)

Por último, el autor discute la índole de las bellas letras y los primeros escritores de Guatemala; pero ya que se puede leer lo mismo en el libro de Mencos Franco, este capítulo no tiene la importancia de los otros. La discusión de Vela sobre la época colonial, empero, es mucho más completa que la de Mencos Franco, y sus juicios, también más acertados. Este tomo 1, sin duda alguna, será uno de los textos inmejorables en los años venideros.

El segundo tomo empieza con una revisión de los ideólogos de 1821. Los próceres de la revolución —Vela tiene una "historia novelada" llamada *Alejandro Marure*, prócer de la Revolución del 1821— son presentados en detalle, con gran admiración de parte de Vela, pero también con buen juicio. El autor cree que los intelectuales del 821 no tienen iguales en su país, y la mayoría de los lectores, creo yo, estarán de acuerdo con él. Ha de haber requerido mucho trabajo escribir este capítulo. Entre los informes minuciosos concernientes a José Francisco Barrundia está el que se refiere al descubrimiento de una traducción en prosa, en manuscrito todavía, de *El Paraíso Perdido*, de Milton. El descubrimiento lo hizo el mismo Vela en 1943. Lo interesante de tal traducción es que data de mayo de 1811, y es acaso la versión española más antigua entre las conocidas. Este capítulo también es excelente.

La parte primera trata de los historiadores, desde la Independencia hasta el presente. La segunda, reseña el periodismo hasta nuestros tiempos. No existe una historia del periodismo guatemalteco, pero Vela ha recogido muchos datos sobre tal fase de la vida intelectual en su país. Es interesante notar que en Guatemala se desarrolló el primer reportaje de estilo moderno en el Nuevo Mundo. Dice Vela:

Sin embargo, vale la pena de insistir sobre una de esas "nuevas" o crónicas, por considerarse el primer reportaje que tiene carácter de tal, según se entiende en su actual concepción, cabiendo a Guatemala la honra de ser la cuna de ese documento precursor del reportaje moderno, con anticipación de siglos. Nos referimos a "La relación del terremoto de Guatemala", escrita por Juan Rodríguez en septiembre de 1541, y publicado en México en 1542 en la imprenta de Juan Pablos. (p. 143.)

En la tercera parte, Vela discute a los poetas del siglo XIX, y nos da muchas noticias. Juan Diéguez Olaverri, Juan Fermín Aycinena e Ismael Cerna reciben aquí el tratamiento debido, porque son poetas que merecen ser conocidos fuera de Guatemala. Para el lector que no conozca la poesía guatemalteca, este capítulo resultará instructivo. En las partes cuarta y quinta encontramos la elocuencia y la filología-lingüística en las dos figuras de primer rango: José de Irisarri, gran político en Chile y maestro de Bello, y Antonio Batres Jáuregui. Los dos reciben cumplida atención. La parte sexta contiene un estudio de dos famosos cuentistas: Agustín Mencos Franco y su más célebre paisano Enrique Gómez Carrillo. La parte séptima se dedica a la novela del siglo XIX. Aquí tenemos un resumen de la novela en Guatemala, desde sus principios hasta 1900. Tal capítulo contiene también una reseña detallada de las novelas de Pepe Milla, el novelista más notable no sólo de Guatemala, sino de Centro América. Concluye el capítulo con una bibliografía de las obras de Milla, que es la más completa hasta la fecha.

Esta más reciente obra de David Vela debe merecer las alabanzas de todo el mundo hispánico porque permite, por primera vez, que el extranjero tenga la oportunidad de estudiar, en fuentes originales, el vasto panorama del pensamiento de Guatemala desde la época precolombiana hasta nuestros días.

El tercer tomo tratará de la literatura modernista hasta 1943, e incluirá también una bibliografía de la bibliografía guatemalteca. Sólo el estudio nuestro arriba mencionado trata tan intensamente el período moderno. Nos jactamos de ello y también de haber estimulado a un guatemalteco a escribir una historia de la literatura de su propio país. En 1939 tuvimos la buena fortuna de trabajar con David Vela en Guatemala, buscando y rebuscando las materias que figuran en su estudio, y podemos dar testimonio de la habilidad crítica de este hombre de letras, quien, por desgracia, es demasiado desconocido fuera de Centro América.

MARTIN E. ERICKSON,
Northwestern University,
Evanston.

GERMÁN BERDIALES, *Coplas argentinas*.—Buenos Aires, Santiago Rueda, editor, 1942. 72 pp.

Felizmente, se nota en la actualidad un sincero deseo —en los países rioplatenses— por cultivar la poesía para niños, la verdadera, la desprovista de ñoñeces, la que regala a la infancia nobleza, delicadeza, gracia, color y música.

Al aplaudir este auge del arte infantil, creemos que debe hacerse plena justicia a los escritores que son como los precursores de ese arte. Es